aquí muy a pelo la distinción que el glorioso San Gerónimo,[2] hace de el sentimiento de los hombres de el mundo, al de los dedicados a Dios, sobre aquella pregunta que nuestro redemptor hizo a sus apóstoles de lo que sentía el mundo de su persona; que habiéndole respondido que unos decían ser San Juan Bautista y otros Elías, &c., les preguntó: Y vosotros ¿quién decís que soy? Pondera muy bien San Gerónimo que en eso quiso decir: Aquéllos, como hombres, sienten y hablan como hombres humanamente; mas vosotros, que sois divinos y más que hombres, por ser gente espiritual y religiosa, ¿qué sentís de mí? Así al propósito, los historiadores seglares a este fray Juan Pérez de Marchena, fraile pobre, descalzo y penitente, sintiendo humanamente como puros hombres del siglo, hácenlo humanista y grande cosmógrafo, no atendiendo a cosa de el cielo, ni a las que concurrieron muy maravillosas para entender claramente que el descubrimiento de este nuevo mundo fue ordenado milagrosamente por mano de ese mismo Dios en estos tiempos, que para ello tenía previsos; y que no sucedió acaso, y esto es justo sientan, confiesen y publiquen sus siervos, los religiosos, atribuyéndole lo que es suyo. Y mucho me maravillo que no cayese en esta razón el muy religioso padre fray Gerónimo Román,[3] en sus repúblicas gentiles; antes, tratando esta materia, aun no nombra al dicho religioso fray Juan de Marchena, a quien los primeros coronistas, de quien él tomó lo que escribió, ponen por principal autor, en cuanto a poner ánimo y brío, y casi hacer fuerza a Colón que andaba desmayado, certificándole de su buena ventura, si siguiese la empresa. Y nótese, ¿quién pudiera dar esta certificación si él no la tuviera de el cielo?

CAPÍTULO II. *Con cuanta conveniencia el descubrimiento de las Indias cupo en suerte a los Reyes Católicos*

UCHO ES AQUÍ DE CONSIDERAR la cuenta particular que nuestro señor Dios siempre ha tenido con remunerar a los reyes o príncipes que han mostrado especial celo de las cosas de su honra y servicio, no contentándose con darles el premio de la bienaventuranza eterna, con que sobradamente quedaban pagados por mucho más que hicieran, sino que aun acá, en la tierra, quiso magnificarlos con singulares prerrogativas a otros no comunicadas. Y esto, porque quedase memoria entre los hombres de los fieles servicios que estos tales hicieron a su Dios, y de la gloria y fama que en recompensa de esto, siendo de la divina mano favorecidos, ganaron. Y para que otros, movidos por su ejemplo, con esperanza de semejante galardón, se esforzasen a dejar sus regalos y proprios intereses, y buscar sólo el de Dios, que guía y lleva a próspero fin todas las cosas de aquellos que en sus obras lo tienen por blanco. Cumple en esto el Señor su palabra

[2] Div. Hier. Marc. 8. Math. 16.
[3] Fr. Hier. Román, Republ. t. 2.

que dijo, hablando contra el descuido de Helí, sacerdote, en lo tocante a su honor y servicio. Cualquiera que buscare mi honra y mi gloria, a éste glorificaré yo;[1] mas los que me tuvieren en poco, quedarán bajos y apocados. Dejando aparte los que por servir a sus apetitos y no a la voluntad de Dios fueron reprobados y abatidos como Saúl, Achab, Ococías y otros muchos, cuyas historias son vulgares. Por el contrario, de los que por fieles y cuidadosos en el servicio de Dios fueron de él honrados y engrandecidos, tenemos hartos ejemplos en el tiempo de ambos Testamentos, Viejo y Nuevo.[2] En el Viejo leemos de David que por el gran fervor que tuvo en las cosas de el culto divino, reverenciando mucho la Arca de el Testamento, ordenando cantores y sacerdotes devotos y santos, que día y noche alabasen a Dios y él con ellos, deseando edificar al Señor un preciosísimo templo, y dejando para él a su hijo Salomón allegados los materiales. En pago de éstos y otros religiosos servicios, le fue concedida victoria en todas las batallas que tuvo con sus enemigos; y todos los reyes y pueblos sus comarcanos le fueron sujetos o aliados. El rey Afa siguió las pisadas de David y fue tanto su celo que, no contento con haber destruido, en comenzando a reinar, todos los ídolos y altares de ellos en su reino, hizo después junta general de sus vasallos en Jerusalén, y habiéndoles predicado en persona y persuadido a la obediencia y adoración de un solo Dios, movió tanto al pueblo que juraron y votaron de adorar y servir a solo él, de todo corazón; y por ello mereció este rey vencer milagrosamente, con poca gente, al rey Zara de Etiopía, que venía contra él con un millón de hombres de pelea. Su hijo Josaphat no menos fue acepto a Dios, porque en el tercer año de su reinado eligió siete principales, los más devotos de su reino, y nueve levitas y dos sacerdotes, y todos juntos, los envió por todas las ciudades de su señorío para que, llevando consigo el libro de la ley, enseñasen en ella al pueblo y lo atrajesen al culto y servicio de Dios. Y demás de esto estableció jueces en Jerusalén, y en todas las ciudades de su reino sacerdotes o príncipes que rectamente juzgasen su pueblo, mandándoles, sobre todo, que ofreciéndose dudas de la ley y de sus preceptos y ceremonias, declarasen al vulgo la verdad y lo alumbrasen de lo que debían hacer, porque no ofendiesen a Dios. El cual, por este su celo y devoción, hizo a Josaphat próspero en muchas riquezas y gloria, en tanto que todos los reyes comarcanos lo temían y estimaban. Y los filisteos y árabes, por gran cosa, cuenta la Escritura que le ofrecían dones; y por su oración (sin pelear él ni los suyos) destruyó Dios un gran ejército de sus enemigos que le tenían puesto en aprieto.

Viniendo, pues, a nuestros príncipes cristianos de el Testamento Nuevo, y comprehendiéndolos (por abreviar) debajo de una cláusula, ¿quién hay que ignore con cuanta piedad, devoción y cuidado reverenciaron y trataron las cosas de Dios los religiosísimos emperadores Constantino y Teodosio, Justino y Justiniano y el gran Carlos de Francia?; por el mismo caso tuvieron felicísimos sucesos sus imperios, y sus personas alcanzaron perpetua

[1] 1. Reg. 2.
[2] 2. Reg. 7 et aliis. 3. Reg. 15. / 2. Para. 17.

gloria, con maravillosas virtudes y hazañas, que con el favor de Dios obraron. Y si en éstos y otros (que sería largo de contar) se verificó aquella sentencia de Dios, que glorifica y engrandece a los que pretenden su divina honra y gloria, con tanta (y aun más) razón podemos decir que en estos últimos tiempos se ha verificado en nuestros Reyes Católicos; los cuales, así como entre los otros se esmeraron en el cuidado y reverencia de el culto divino y en celar el aumento de la religión cristiana, gastando toda su vida y rentas, en remediar necesidades, edificar templos, reformar todos los estados, desagraviar sus vasallos, quitar desafueros con las hermandades que en sus reinos establecieron; y, finalmente, en apurar la observancia de la vida cristiana, con la Santa Inquisición que instituyeron; así también se esmeró Dios en darles singular remuneración en el suelo después de hacerlos gloriosos reyes en el cielo, comunicándoles gracia y fortaleza para sujetar y reducir a la obediencia de su Iglesia católica todas las huestes visibles que en el mundo tiene Lucifer.

Sabemos que este príncipe de tinieblas, queriendo obscurecer a los hombres la luz de la Santísima Trinidad, en que estriba y se funda la ley evangélica, ordenó contra ella tres haces y levantó tres banderas de gente engañada y pervertida, con que desde el primer nacimiento de la Iglesia le ha ido dando continua batería, que son la perfidia judaica, la falsedad mahomética y la ceguera idolátrica, dejando atrás la malicia casera de los herejes que no menos perniciosa ha sido, y podemos decir que más molesta. Pues para contrastar y desbaratar estas tres poderosísimas batallas de el enemigo, en que ha traído enredada y sujeta a su dominio la mayor parte de el mundo, parece que escogió Dios por sus especiales caudillos a nuestros Reyes Católicos. Y así vemos que cuanto a lo primero, desterraron totalmente de los reinos de España los ritos y ceremonias de la ley vieja, que hasta sus tiempos se había permitido. Luego tras esto, lanzaron de todo punto los moros de la ciudad y reino de Granada, que hasta entonces se habían conservado en ella; de manera que alimpiaron a toda España de la espurcicia con que de tantos años atrás, con estas dos sectas, estaba contaminada en deshonor y ofensa de nuestra religión cristiana. Y aun por este santísimo celo y heroica hazaña, es de creer que merecieron lo que succesivamente se siguió, que apenas fue concluida la guerra de los moros cuando les puso Dios en sus manos la conquista y conversión de infinidad de gentes idólatras y de tan remotas e incógnitas regiones, que más parece haber sido divinalmente otorgada que casualmente ofrecida. Y no dudo (mas antes confiando en la misericordia de el muy alto Señor, tengo por averiguado) que así como a estos Católicos Reyes fue concedido el comenzar a extirpar los tres diabólicos escuadrones arriba señalados, con el cuarto de los herejes (cuyo remedio y medicina es la Santa Inquisición), así también se les concedió que los reyes, sus succesores, den fin a este negocio. De suerte que así como ellos alimpiaron a España de estas malas sectas, así también la universal destruición de ellas, en el orbe, y conversión final de todas las gentes al gremio de la Iglesia se haga por mano de los reyes, sus descendientes.